

no resuelto entre lo necesario y lo posible, entre la muerte/poder y el anhelo irrenunciable de su negación; por eso emana de su escritura el hálito de una desesperada esperanza. Canetti siente y piensa la angustia, es decir, un motivo frecuente en nuestra tradición cultural más reciente y que en su caso proviene de su directa afinidad y admiración por Kafka y, por ello mismo, de su indirecta vinculación con Kierkegaard. Como judío, como kafkiano impenitente, lector apasionado de Pascal y Kierkegaard, y como hombre contemporáneo lúcido e implacable, Canetti no podía encontrarse (en el sentido heideggeriano de sentirse uno a sí mismo) en un estado más trágico y radical que éste. En ello estriba la gran importancia de su obra para todos nosotros, porque se sitúa allí donde todos estamos, lo sepamos o no, queramos o no saberlo. La angustia tal y como nos la hace presente el pensamiento de Canetti, como experiencia de que el mal (la muerte/poder o el poder/muerte) impregna el mundo y deja en suspenso todas nuestras esperanzas, nos constituye al igual que el deseo de escapar a ella. Sin embargo, ese deseo de escapar a la angustia puede realizarse de dos maneras: o dándole la espalda para ocultarla constantemente o mirándola cara a cara, sosteniendo su terrible presencia y recorriéndola hasta el final sin engañarse. La ocultación de la angustia es lo más frecuente, sobre todo cuando, como en nuestros días, no hay ni en el cielo ni en la tierra nada capaz de hacerle frente, mientras que abrir los ojos ante ella es lo más raro y extraño. La grandeza del pensamiento de Canetti consiste en desmascarar nuestra cobardía, en mostrar con crudeza la tragedia que nos aflige soterrada e inconscientemente. Su dura clarividencia deja desnuda la estúpida identidad que hemos escogido como refugio, haciendo añicos la vanidad y trivialidad con que queremos encubrir lo terrible y doloroso para no aceptar lo que somos. Esta actitud cruda y sincera que Elías Canetti denuncia y delata vigorosamente es más frecuente en la época en que vivimos, la época de la *vanidad trágica*, la era de Narciso Rey.

La época de la vanidad trágica, nuestra época, se caracteriza porque en ella conviven y se mezclan dos elementos antagónicos: la experiencia trágica de la vida y su ocultación o silenciamiento. Vivimos en la angustia, en lo trágico, lo terrible, pero de ningún modo nos permitimos ni queremos saberlo. La época de la vanidad trágica es aquella en la que tragedia por un lado y trivialidad por otro conviven unidas por la espalda, la segunda ocultando a la primera, y dan forma a una existencia esencialmente hipócrita y ridícula, tan necia y esperpéntica como la sonrisa de felicidad de un bobo en el entierro de su madre. En definitiva, no sintiéndonos capaces de poner remedio a la muerte, al mal, la miseria, la injusticia o la estupidez a los hombres de hoy se nos ha ocurrido, para vivir satisfechos, la brillante idea de no pensar en todo ello.

Vivimos el final de un siglo ensombrecido por grandes y sonadas muertes: de dios, del hombre, del arte, de la filosofía. Es indudable que en los últimos tiempos, como ya dije, se ha matado mucho y bien y, por desgracia, no sólo metafóricamente. Estamos marcados por adioses —al progreso, a la revolución— y crepúsculos —de las ideologías, del deber— muy recientes y traumáticos. El resultado de tantas muertes, derrumbes y ausencias está a la vista; nos hallamos en el fin de una época histórica, en la era del vacío, confusos y perplejos, aislados del pasado y sin futuro, en un presente absurdo, vertiginoso y enloquecedor. Como en todos los grandes naufragios, también en éste ha buscado cada cual su modo de sobrevivir al grito de ¡sálvese quien pueda! Unos viven en la melancolía y el duelo por las esperanzas idas, rebuscando entre los restos de la catástrofe algo que llevarse a su desolado corazón. Otros andan boquiabiertos y alelados, incapaces de entender nada cuando hace tan sólo tres días lo tenían todo de sobra explicado. Hay quien no sabe adónde va y hay quien sabe que no va a ninguna parte: entre el escepticismo sofista y superficial y el cinismo moral oscilan nuestras más profundas convicciones. Mientras tanto, los avispados vendedores de placebos, panaceas, cremas y elixires hacen su agosto. Sin embargo, no todo van a ser desgracias, el lugar de los viejos dioses e ídolos no ha quedado por completo vacío, pues ha venido a ocuparlo velozmente la que por ahora puede ser considerada su heredera universal: la estupidez.

La estupidez, como afirmó Gilles Deleuze, es la bajeza del pensamiento bajo todas sus formas, pero en la era de la vanidad trágica su carácter proteico se ha reducido a dos figuras principales: el *éxito* y la *diversión*. Alcanzar el éxito y divertirse, ser el mejor en algo, aunque sea en rebuznar, y pasarlo lo mejor posible, aunque sea oyendo rebuznar, son considerados hoy dos objetivos tan grandiosos que por sí mismos bastan para llenar y aún rebosar la vida de cualquier hombre. Y quien así no lo viera, ¡sea anatema y tenido por loco peligroso que sólo busca blasfemar y desestabilizar! La búsqueda del éxito y la diversión parecen en principio fines contrarios, como negocio y ocio, pero no hay tal, porque son dos formas de estar fuera de sí, de *éxtasis* vacío y mundano, con las que Narciso Rey huye como puede de sí mismo y muestra bien a las claras que su aparente autofilia es más bien una profunda y pavorosa autofobia. Pascal lo vio con claridad:

Este es el origen de todas las ocupaciones tumultuarias de los hombres, y de todo aquello que se llama diversión o pasatiempo, porque el objeto de estas cosas es, en efecto, pasar el tiempo sin sentirlo, o mejor, sin sentirse uno mismo, y evitar, perdiendo una parte de la vida, la amargura y disgusto interior que acompañarían necesariamente la atención que uno consagraria a sí mismo durante este tiempo³.

La desgracia de los hombres de hoy se mide por su incapacidad para la inacción, por su necesidad de un éxtasis sacrificial (el éxito) o un éxtasis

³ B. Pascal, *Pensamientos*, Losada, Buenos Aires 1972, pág. 179.

trivial (la diversión). En el primer caso se afirma que el tiempo es dinero, poder (o heces, que diría Freud) y hay que aprovecharlo, acumulando el mayor posible, y en el segundo caso se siente que, a pesar de todos nuestros sacrificios y esfuerzos, el tiempo, el que nos queda «libre», se dedica a matarnos y angustiarnos si no somos nosotros quienes nos afanamos en llenarlo con fruslerías matándolo a él. En la sociedad de masas en la que vivimos, la diversión es la forma mayoritaria del éxtasis narcisista, aquella en la que se trata de llenar el tiempo como sea con tal de no mirarnos al espejo de nuestro vacío. Una voz terrible aparece omnipresente en el llamado mundo civilizado y del bienestar diciéndonos a todos y cada uno, «danzad, danzad, malditos»; es decir, no dejéis de hacer deporte, de viajar, jugar, reír, seducir, *flipar*, vivir nuevas sensaciones, asistir a conferencias y exposiciones, como invitándonos a una especie de danza macabra en la que es la muerte invisible, la muerte en vida, quien baila y se ríe con todos nosotros. Todos sabemos que procurar diversión a las masas angustiadas por la insoportable vaciedad de su tiempo es el gran negocio y la gran preocupación política de nuestro fin de siglo. Todos podemos ver cómo el estadio deportivo es hoy la nueva configuración del templo y cómo ha dejado de existir el llamado mundo del espectáculo, porque, gracias a la televisión, ahora el espectáculo, triste y tedioso, es el mundo. Todos presentimos, en fin, aunque nos falta coraje para reconocerlo, que Pascal tenía razón:

La sola cosa que nos consuela de nuestras miserias es la diversión, y, sin embargo, ésta es la mayor de nuestras miserias⁴.

El éxtasis trivial de la diversión narcisista es objetivo, visible y conocido, pero el éxtasis sacrificial del éxito está más dentro de todos nosotros, es más sutil y redomado, porque nos mantiene atados con lazos invisibles y poderosos. Antes de volver sobre Canetti, veamos más despacio el secreto mecanismo de este nuevo culto, la nueva religión de Narciso. Según un tópico reciente, desde que Dios ha muerto los occidentales vivimos en un mundo secularizado y sin dioses, pero es mentira. Nuestros viejos dioses han sido sustituidos por otros nuevos, entre los cuales hay uno que preside el panteón llamado Éxito. Dicen también, sobre todo los vendedores de moralina y los predicadores interesados en colocar sus productos, que nuestra cultura carece de valores y de pautas fijas de conducta, hallándose en un caos de ideas en el que vale todo. También esto falta en parte a la verdad, porque sobre ese aparente mar de confusión flota y brilla con luz propia una regla de oro inquebrantable y aceptada con gran unanimidad: alcanzar el éxito. Por tanto, la religión y la moral del éxito son el fundamento implícito de la conducta más generalizada entre nosotros, una conducta que se ciñe, con invariable coherencia, a la lógica del reto y de la implacable com-

⁴ B. Pascal, obra citada, pág. 185.

petencia, del logro y del triunfo social, al deseo de llegar a lo más alto. Es cierto que las sociedades igualitarias y democráticas suelen ser más competitivas y afanosas que aquellas otras en las que una estricta jerarquización clasista impide la movilidad social en función de los méritos personales. También es verdad desde Hesiodo que la discordia (*eris*) competitiva y el deseo de medirse los hombres entre sí tienen un efecto positivo de autoestímulo y de superación. Sin embargo, lo que se está produciendo entre nosotros no tiene, como los más destacables, estos rasgos positivos, sino todo lo contrario, pues «el hombre se prefiere como adepto furibundo» (Canetti) y, a falta de algo mejor en qué creer, hemos sacralizado el éxito levantando en torno suyo un nuevo culto colectivo.

Todo lo que un hombre religioso puede hacer por su dios (sentirse culpable, querer mejorar, sacrificarse, humillarse, estar dispuesto a todo) lo hacemos hoy los agnósticos y ateos por el triunfo y el éxito. Este ascetismo intramundano prescinde radicalmente de cualquier perspectiva trascendente, pero, merced a la vieja lógica sacrificial, mantiene la idea de un dios benefactor, el Éxito, que nos dará todo lo que deseamos a cambio de inmolarnos a él en cuerpo y alma. Lo importante es tener fe, no dudar, saber por adelantado que la verdadera felicidad sólo se alcanza escalando hasta la cima sin mirar hacia atrás y sin pararse ante nada. No es el hedonismo del disfrute inmediato, aquí y ahora, lo que predica este nuevo credo, aunque así parezca («A la desesperación le llaman hedonismo» dice Rafael Sánchez Ferlosio), sino un ascetismo rígido y mortificante que habrá de llevarnos a la tierra prometida del triunfo, donde derraman sus dones los dulces manantiales de la fama, el poder, la riqueza y la eterna juventud. El Éxito es el dios de una nueva religión universal que habla todas las lenguas y promete *urbi et orbi* la salvación, que garantiza el Futuro a cambio del presente, ofreciendo una sempiterna dicha más allá del necesario e inevitable sacrificio para alcanzarla, uno de los cuales, el más importante, es el sacrificio del pensamiento. Fernando Pessoa, otro pensador «aficionado» y genial como Canetti, supo verlo hace tiempo con claridad:

En la vida de hoy, el mundo sólo pertenece a los estúpidos, a los insensibles y a los agitados. El derecho a vivir y a triunfar se conquista hoy con los mismos procedimientos con que se conquista el internamiento en un manicomio: la incapacidad de pensar, la amoralidad y la hiperexcitación⁵.

No es verdad que el capitalismo o el materialismo triunfantes carezcan de valores; es superficial la idea de que se sostienen en el absurdo y el sinsentido; se fundan en la estupidez, pues su fuerza radica precisamente en aprovechar la más antigua de las lógicas, la sacrificial, para ponerla al servicio de mitos también muy antiguos (el poder absoluto, la gloria imperecedera, la eterna juventud) ahora remozados. Llegar arriba, ser alguien,

⁵ Fernando Pessoa, Libro del desasosiego, *Seix Barral*, Barcelona 1989, pág. 32.